

GAITO GAZDÁNOV

EL RETORNO
DEL BUDA

TRADUCCIÓN DEL RUSO
DE MARIA GARCÍA BARRIS

BARCELONA 2017



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Возвращение Будды*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2017 by Maria García Barris
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, retrato de Clotilde von Derp-Sakharoff (1912),
de Minya Diez-Dührkoop y Rudolf Dührkoop

ISBN: 978-84-16748-33-4
DEPÓSITO LEGAL: B. 5656-2017

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

He muerto. Durante mucho tiempo busqué las palabras para describir lo que ocurrió y, convencido de que ninguno de los términos que conocía y solía usar servían para definirlo, finalmente opté por uno asociado con lo que parece el territorio menos impreciso: la muerte. Dejé de existir un mes de junio, por la noche, durante uno de los primeros años de mi estancia en el extranjero. No obstante, eso no era menos inexplicable que el hecho de que yo fuese la única persona que conocía esa muerte, y también el único testigo. Me veía a mí mismo en las montañas: con la absurda e invariable urgencia característica de los acontecimientos en los que las reflexiones personales del individuo por algún motivo dejan de tener importancia, me encontraba en la tesitura de escalar una pendiente alta y casi vertical. Aquí y allá se abrían paso por entre la pétrea y grisácea superficie algunos arbustos bajos llenos de espinas, o los troncos secos y las raíces que se extendían a lo largo de las grietas abiertas. Abajo, en el punto donde había emprendido el ascenso, había una estrecha cornisa de piedra que rodeaba el precipicio, y aún más abajo, en el abismo oscuro, un río de montaña discurría produciendo un estruendo lejano y mitigado. Durante un buen rato escalé palpando cuidadosamente las cavidades de la piedra y aferrándome con los dedos ya fuera a un arbusto, a la raíz de un árbol, o incluso a un saliente afilado del precipicio. Me acercaba lentamente a una pequeña superficie de piedra que no se veía desde abajo, donde empezaba un sendero estrecho que yo conocía Dios sabe cómo; no podía apartar de la mente el presentimiento oneroso e incomprensible—como todo lo

que me sucedía por entonces—de que no volvería a verlo ni a recorrer nunca más los angostos recodos que ascendían tapizados de agujas de pino. Más tarde recordé que me había parecido que alguien me esperaba arriba, impaciente y ávido de verme. Casi había llegado a la cima, en unos segundos estaría allí; me agarré con la mano derecha a un claro saliente de piedra de la superficie, pero de repente el duro granito se quebró en mis dedos, y entonces, con una celeridad increíble, me precipité en el vacío golpeándome contra la pared del acantilado, que parecía ascender ante mis ojos. A continuación sentí un empujón brusco con una fuerza inusitada que me cortó la respiración y un dolor muy intenso en los músculos de los brazos; me quedé suspendido en el aire afebrándome febrilmente con los dedos entumecidos a la rama seca de un árbol muerto, que había arraigado tiempo atrás en una grieta de la roca. Pero a mis pies tenía el vacío. Estaba suspendido, observando con los ojos inmóviles y abiertos de par en par una pequeña superficie de granito, que se encontraba en mi campo de visión, y notando que la rama cedía gradual y suavemente bajo mi peso. Una pequeña lagartija transparente apareció de repente un poco más arriba de mis dedos, y vi su cabeza con precisión, sus costados que subían y bajaban una y otra vez, y la mirada muerta, fría e inmóvil de los reptiles. Luego, con un movimiento imperceptible y ágil, trepó y desapareció. Después oí un abejorro que subía y bajaba con un zumbido intenso pero no desprovisto de cierta musicalidad insistente, algo parecido al recuerdo confuso de un sonido que de un momento a otro se aclararía. Pero la rama cedía cada vez más entre mis dedos, y el miedo me iba penetrando. No soy capaz de describirlo; prevalecía la conciencia de que eran los últimos momentos de mi vida, que no había fuerza en el mundo que pudiera salvarme, que estaba solo, completamente solo, y que debajo, en el terri-

ble abismo, que sentía con todos mis músculos, me esperaba la muerte, ante la que estaba indefenso. Nunca había sospechado que estos sentimientos—la soledad y el terror—pudiesen experimentarse no sólo mentalmente, sino también con todos los poros del cuerpo. Y aunque estaba aún vivo y no tenía un solo rasguño, recorrí con una extraordinaria rapidez que nada podía detener, ni siquiera aminorar, las distintas fases de la agonía psíquica, el miedo que hiela la sangre y una angustia insoportable. Sólo en el último segundo, o en la última fracción de segundo, experimenté algo parecido a un desaliento mezclado con una dulzura sacrílega, inseparable de la languidez y la angustia. Me pareció que si pudiera reunir en un todo los sentimientos que había experimentado durante mi vida, la fuerza de esos sentimientos sería insignificante en comparación con lo que estaba experimentando en esos pocos instantes. Pero era mi último pensamiento: la rama crujió y se resquebrajó, y a mi alrededor empezaron a dar vueltas con una rapidez imposible, como en una rueda enorme, las rocas, los arbustos, los salientes y, finalmente, al cabo de un tiempo infinitamente largo, mi cuerpo estalló con un fuerte crujido al desplomarse sobre las piedras del río en el aire húmedo. Durante un segundo mis ojos vieron la clara imagen del escarpado precipicio y después el río desapareció, y no quedó nada.

Así recuerdo mi muerte, a la cual inexplicablemente sobreviví, suponiendo que siga siendo el mismo. Antes de que esto sucediera, a menudo había soñado, como la mayoría de personas, que caía, pero siempre despertaba mientras lo hacía. Sin embargo, durante la difícil escalada de la pendiente, y cuando me topé con la fría mirada de la lagartija, cuando la rama se rompió entre mis dedos, sabía que no estaba dormido. Tenía que admitir que en aquella precisa y, en esencia, prosaica catástrofe, completamente despro-

vista de cualquier matiz romántico o fantasmagórico, había dos personas presentes: el testigo y el protagonista. Esta dualidad, por otro lado, apenas se apreciaba y a veces resultaba completamente imperceptible. Así que, regresando de la nada, de nuevo me sentía en el mundo donde hasta entonces había llevado una existencia relativa, no porque ese mundo hubiera cambiado repentinamente, sino porque en el caos desordenado y fortuito de recuerdos, de angustias injustificadas, de sensaciones contradictorias, de olores, sentimientos y visiones, no sabía qué determinaba el diseño de mi propia existencia, qué me pertenecía a mí y qué pertenecía a los otros, y en qué consistía el sentido ilusorio de la inestable unión de distintos elementos, cuya absurda amalgama en teoría me había conformado, dándome un nombre, un apellido, una nacionalidad, un año y lugar de nacimiento y una biografía, es decir, una larga lista de fracasos, catástrofes y transformaciones. Me parecía que lentamente yo surgía de nuevo aquí, que era donde no debía regresar, olvidándome de todo lo que había ocurrido hasta entonces. Pero no se trataba de una pérdida de memoria en el sentido literal de la palabra: sólo había olvidado irreparablemente qué hay que considerar importante y qué insignificante.

Ahora, en cualquier circunstancia percibía lo inusualmente ilusorio de mi propia vida, estratificada e inevitable, tanto si se refería a proyectos y planes como a las inevitables condiciones materiales de la existencia, que podían cambiar completamente con el paso de los días o las horas. Este estado, por cierto, ya lo había conocido antes, y era una de las cosas que no había olvidado. Para mí el mundo consistía en cosas y sensaciones que reconocía, como si en algún momento de un pasado lejano ya las hubiera experimentado y volvieran desde un sueño perdido con el paso del tiempo. Ocurría incluso en los casos en que seguramen-

te me tropezaba con ellas por primera vez en mi vida, como si en una enorme y caótica combinación de las cosas más diversas buscara casi a tientas un camino que en algún momento había recorrido, sin saber cuándo y cómo. Quizá por eso la mayoría de los acontecimientos me dejaban completamente indiferente, y sólo algunos escasos minutos, que contenían o me parecían contener una u otra coincidencia, atraían mi atención con una fuerza inusual. Me resultaría difícil determinar en qué se diferenciaban de otros, tal vez algún matiz inexplicable, o un detalle fortuito, pero evidente para mí. Casi nunca influían directamente en mi destino o en mis intereses personales, a menudo eran incomprensibles como visiones que surgían de pronto. Ya me había ocurrido antes que mi vida no me perteneciera durante años y que sólo tuviera una participación externa e insignificante en lo que me ocurría: era completamente indiferente a todo lo que me rodeaba, aunque se tratara de acontecimientos tempestuosos, que incluso comportaban un peligro mortal. Pero tenía de la muerte un conocimiento únicamente teórico y no podía comprender su verdadero sentido, que, seguramente, me habría aterrorizado y hecho vivir de una manera distinta. A menudo tenía la sensación—cuando me quedaba a solas y nadie me impedía sumirme en una infinita sucesión de sensaciones, alucinaciones y pensamientos confusos—de que no era capaz de hacer un último esfuerzo y descubrirme a mí mismo, contemplarme y comprender el sentido oculto de mi destino, que hasta entonces se había reducido en mi memoria a una sucesión fortuita de acontecimientos azarosos. Pero nunca lo conseguí, ni siquiera logré comprender por qué uno u otro hecho, que en apariencia no tenían ninguna relación conmigo, de pronto adquirirían para mí una importancia tan incomprensible y tan evidente a la vez.

Se iniciaba así un nuevo período de mi existencia. Toda una serie de sensaciones extraordinariamente poderosas, muchas de las cuales no había experimentado hasta entonces, cruzaban toda mi vida: una canícula del desierto y una sed insoportable, las olas gélidas del mar del Norte rodeándome por todos lados, en las que nadaba durante horas para llegar a una orilla lejana y rocosa, el roce del cuerpo moreno y ardiente de una mujer que nunca conocí. A veces padecía unos terribles dolores físicos, característicos de enfermedades incurables, cuya descripción encontré más tarde en libros de medicina: eran enfermedades que nunca había contraído. En más de una ocasión estuve ciego, muchas veces cojo, y uno de los raros placeres físicos que experimenté fue el de recobrar la conciencia y darme cuenta de que había estado perfectamente sano y, a causa de la convergencia incomprensible de acontecimientos, había caído en esos lamentables estados de enfermedad o mutilación.

Pero, como es natural, ni mucho menos experimentaba siempre esas sensaciones. Lo que ahora se había vuelto absolutamente constante era la extraña singularidad de ser, por decirlo de algún modo, ajeno a mí mismo. Tan pronto como me quedaba a solas, de inmediato me sumía en el movimiento confuso de un inmenso mundo imaginario que me arrastraba consigo sin que yo pudiera evitarlo y cuyo ritmo me costaba mucho seguir. Era un caos de sonidos y visiones, compuesto de una multitud de cosas diversas; a veces era la música de una marcha lejana, que oía como si retumbara entre altas paredes de piedra; otras, lo que presenciaban mis ojos era un paisaje verde e infinito, interrumpido por unas colinas, que recorrían unas extrañas olas; a veces eran las afueras de una ciudad holandesa rodeada de abrevaderos salidos de no sé dónde que el agua llenaba con un murmullo monótono; y para intensificar la irrealidad del

paisaje holandés, hacia allí se dirigían, en fila, unas mujeres con cántaros sobre la cabeza. En todo aquel caos en movimiento nunca había ninguna lógica, y ni siquiera se insinuaba el menor atisbo de armonía. En consecuencia, mi estado de ánimo en esa época de mi vida, caracterizada por la constante presencia del caos, se había vuelto muy inestable y vacilante. No podía estar seguro de la persistencia de este o aquel sentimiento, no sabía lo que vendría a sustituirlo al día siguiente o al cabo de una semana. Y con la misma sorpresa con que descubrí en los primeros libros que leí al aprender el alfabeto que la gente hablaba con frases completas, respetando la tradicional disposición de sujeto y predicado, y concluyendo con un punto final, a pesar de que—en mi opinión—en la vida real nadie lo hacía así, ahora me parecía casi inconcebible que este o aquel individuo pudiera ser contable o ministro, obrero o sacerdote y estar muy convencido de que precisamente esa ocupación era lo más importante y lo más constante de todo, de que la sotana del sacerdote o el mono del obrero correspondían misteriosa y exactamente a sus respectivos destinos o vocaciones auténticas. Naturalmente, sabía que un obrero no podía convertirse en sacerdote en un momento dado y en unas determinadas condiciones, al igual que un sacerdote no podía convertirse en obrero, y que eso era así hasta que la muerte los igualaba con una indiferencia implacable. Pero también sentía que el mundo en el que la suerte decidía el lugar que cada cual ocupaba podía resultar de pronto relativo e ilusorio, y transformarse hasta ser irreconocible. En otras palabras, el lugar donde se desarrollaba mi existencia estaba desprovisto para mí de unos contornos nítidos y en cierto sentido definitivos: no había nada constante, la forma y el contenido de los objetos y los conceptos que lo componían podía cambiar, como si sólo estuvie-

ran sujetos a la incomprensible ley que rige en las transformaciones de un sueño interminable. Y todas las mañanas, al despertar, miraba asombrado y confundido los mismos dibujos del papel pintado de las paredes de mi habitación del hotel, que cada vez me parecían distintos que la víspera, porque desde la víspera se habían producido muchos cambios y sabía, instintivamente, que también yo había tenido tiempo de cambiar, absorbido por un movimiento tan imperceptible como imparable. Entonces vivía en un mundo casi abstracto y nunca encontré en él la lógica de los pensamientos o de las cosas que a algunos de mis antiguos maestros les parecía la ley fundamental, infalible y definitiva, de toda evolución arbitraria y de toda existencia humana.

En esa época remota y llena de incertidumbres conocí a un individuo que convoqué casi a propósito de la nada para que apareciera ante mí precisamente en ese momento de mi vida. No era propiamente un hombre, sino el recuerdo deformado hasta volverse irreconocible de un ser que había existido y ya no existía; se había desvanecido, pero no sin dejar huella, ya que quedó lo que yo vi cuando por primera vez se acercó y me dijo:

—*Excusez-moi de vous déranger. Vous ne pourriez pas m'avancer un peu d'argent?* [Disculpe que le moleste, ¿podría prestarme usted algún dinero?].

Tenía el rostro oscuro, cubierto de una espesa barba rojiza con canas, bolsas bajo los ojos y las mejillas flácidas; llevaba un viejo sombrero negro, destrozado, y una chaqueta larga parecida a un abrigo corto, o un abrigo corto parecido a una chaqueta larga de color gris oscuro, botas de un blanco sucio, bastante rotas, y pantalón marrón claro, lleno de manchas. Sin embargo tenía una mirada franca, serena y clara. Pero lo que más me sorprendió fue su voz, que no se correspondía en absoluto con su aspecto: era monótona